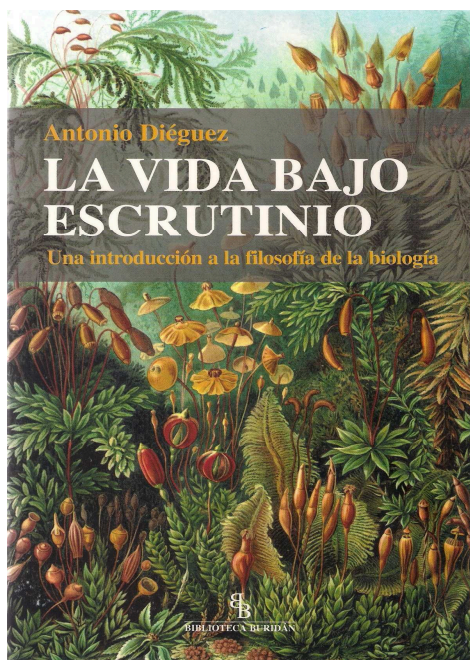


Recensiones de libros: *La vida bajo escrutinio. Una Introducción a la Filosofía de la Biología.* Antonio Diéguez



Antonio Diéguez, *La Vida bajo Escrutinio: Una Introducción a la Filosofía de la Biología.* Biblioteca Buridan, 2012.

Típicamente se engloban como preguntas filosóficas aquéllas que atañen a las cuestiones últimas que preocupan al hombre. En este sentido, la filosofía estaría a la par con la mitología, la teología y la ciencia, y si se apura el argumento, con la estética. No obstante, hoy día para muchos, entre los que me cuento, todo se remite a la ciencia. Porque desde la ciencia exclusivista, la teología no sería más que una expresión literaria de unas determinadas creencias de índole psicosocial, por no hablar ya de la mitología. La filosofía por su parte vendría a ser un conjunto vacío. Y la estética supondría una manera de dar rienda suelta a los instintos más primarios (desde el supuesto goce con la pornografía dura hasta el embeleso que ocasione la música sacra de Bach). Ya, en efecto, desde la ciencia naturalizada, no habría ni preguntas teológicas ni filosóficas, todo serían cuestiones científicas que en muy última instancia se remitirían a enunciados físico-químicos. Aunque, para simplificar, dichas cuestiones se delimitasen, por razones puramente pragmáticas, a áreas concretas como puedan ser la biología o la sociología en términos generales. En dichas áreas, se estudiarían las estructuras biológicas o las sociológicas, pero con la idea de que esas estructuras en esencia (ontológicamente) son reducibles a la física, o bien directamente, o bien por un proceso de sobreveniencia. De igual manera, se estructuraría cualquier otra ciencia pero de un modo horizontal más que vertical (reductivo). Por ejemplo, la biología se desglosaría en disciplinas como la neurología, la genética, la paleontología, la embriología etc.

Se puede decir que, controvertidamente por supuesto, el último intento en Occidente de rescatar la filosofía como actividad un tanto genuina fue, globalmente hablando, el de Edmund Husserl. Pretensión esta cuya intencionalidad se plasma llanamente en su última obra, *La Crisis de las Ciencias Europeas y la Fenomenología trascendental* (1936). Lo cierto es que Husserl emprendió casi desde un principio una cruzada personal contra el naturalismo -provocada en buena medida por el antinaturalismo de Frege. Empeño que a fin de cuentas se quedó en una pose ético-política contra lo que para el alemán (checomoravo) se remitía a un mecanicismo y una ciencia materialista que nos empobrecería como personas. En fin, se trata posiblemente de la pose reaccionaria sempiterna para defender los privilegios epistémicos, entre muchos otros, de los conservadores de conveniencia. Pierre Bourdieu sabe mucho del asunto. En cuanto a Heidegger -como segundo ejemplo notable al respecto- después de renegar de un existencialismo inicial que deriva marginalmente de Husserl, nos sumerge eventualmente, de la mano de Nietzsche, en la experiencia estética como camino de perfección definitivo. Camino que, claro, no va ninguna parte a la hora de resolver los problemas reales del mundo, o sea el hambre, la indigencia y la pobreza infecta en general, por no hablar del problema del conocimiento. Desde luego, de lo que sí se trata es de la 'crisis de la filosofía europea' cuya manifestación más palpable son las últimas bocanadas ontoepistémicas significativas del postestructuralismo galo (procedentes fundamentalmente de Deleuze, Baudrillard y Derrida). Para Deleuze la tarea de la filosofía, en una frase, es la creación de conceptos (¿?), para Baudrillard empero todo es un simulacro (¡vaya descubrimiento!) y en Derrida, con su deconstructivismo a ultranza, todo en el fondo queda gnoseológicamente en nada, viaje para el que no se necesitaba alforja alguna.

Por supuesto que se puede alegar que esa actitud naturalista extrema aquí planteada supone una pose filosófica, es decir, metafísica, relativamente a otros supuestos en que la ciencia no ocuparía todo el espectro gnoseológico. Pero esa afirmación es un tanto gratuita, porque en realidad al respecto todo son poses. En definitiva, desde la ciencia la adopción de una pose u otra se remite de suyo a explicaciones psicosociobiológicas que, 'o se toman o se dejan'. Es cierto, asimismo, que se puede también pensar que esta actitud encubre una postura autorreferencial. Pero, de nuevo, toda postura al respecto es asimismo autorreferencial, por lo que no hay, como se suele decir, un punto de vista general, o del 'ojo de Dios'. Punto de vista desde donde se contemple todo el panorama desde una perspectiva real genuina, como Thomas Nagel dejara claro hace tiempo, aunque fuera de un modo un tanto ingenuo (me refiero evidentemente a *The View from Nowhere*, 1989). Esta tesis que se viene exponiendo -cientificista para muchos- no quiere decir que desde ciertos sectores no se siga estudiando filosofía o teología, e incluso estética, como si estas disciplinas se pudieran distinguir de alguna manera de la ciencia. Desde luego, la ciencia tiene problemas que para algunos pueden ser filosóficos. Así, existe una filosofía de la ciencia que estudiaría ciertos dilemas metodológicos que los científicos en general no consideran.

Dilemas que se piensa que tienen su importancia precisamente para fomentar un pensamiento científico sin prejuicios. Dilemas mediante los que se expondrían supersticiones más o menos cultas, valga la expresión. Dilemas que, desde luego, no resuelven pero cuestionan. Por ejemplo, tradicionalmente en filosofía de la ciencia -que durante un siglo largo fue filosofía de la física- se glosaba al respecto sobre qué era/es la inducción, o qué es el tiempo y el espacio, o qué son las leyes naturales, o qué es real y qué imaginario, o cuál es la heurística de los modelos. Cuestiones todas ellas obviadas por los científicos de a pie en el sentido de que éstos ya saben 'por donde van los tiros', aunque esto se traduzca en un conocimiento gnoseológico para 'andar por casa'. Y es que cualquier profundización al respecto entraría en lo que, una vez más expresado coloquialmente, se conoce como 'rizar el rizo'. Actividad que realmente se traduce en la potenciación de una nueva escolástica en su sentido más peyorativo. Adicionalmente, la filosofía de la ciencia trata de delimitar lo que es científico de lo que no lo es. Porque desde esta perspectiva lo que no es científico sería una creencia gnoseológicamente gratuita. Aunque, por otra parte, dicha creencia pudiera fomentar la supervivencia del individuo/s implicado/s, lo que no es baladí.

Lo aparentemente sorprendente es que analizando el asunto en alguna profundidad, a la hora de intentar separar los asertos científicos de los que no lo son, todas las respuestas son insatisfactorias. Lo son tanto la respuesta positivista en sus diferentes acepciones, como la falsacionista, como, por supuesto, la relativista y otras que se remitirían a esas tres dimensiones generales justamente mencionadas. Es decir que en realidad lo que llamamos ciencia vendría a ser una actividad instrumental que sirve para transformar el mundo y hacerlo más agradable y habitable a los seres que desarrollan esa instrumentalidad. Seres que en buena medida somos los seres humanos.

O sea que, gnoseológicamente, se subraya, siempre nos movemos en terreno movedizo por lo que vienen a ser dos razones básicas. Primeramente, porque no detectamos géneros naturales. Es decir, ningún concepto se refiere con precisión, o bien a algo que esté en el mundo sensorialmente perceptivo (hechos más o menos complejos, o sea objetos, procesos), o bien que esté en el mundo formal de la lógica o las matemáticas. Siempre hay ambigüedad. Siempre se precisan interpretaciones. La hermenéutica es algo omnipresente. Y, en segundo lugar, toda generalización es provisional (la inducción nunca es definitiva). Por lo que todo se remita a la ciencia no implica que ésta se refiera a nada concreto y definido. Toda epistemología en el fondo es humo epistémico pero que puede funcionar, y en la práctica tiene consecuencias tecnológicas que están a la vista de todos. Toda epistemología en el fondo es humo epistémico pero que puede funcionar, y en la práctica tiene consecuencias tecnológicas que están a la vista de todos. Y además, existe un consenso más o menos general por el que a los efectos más o menos inmediatos, tecnocientíficamente, es como si viviéramos en un mundo real, previsible y sin ambigüedades. Claro está que nuevas interpretaciones y nuevas observaciones, o manera de ver las cosas, pueden cambiar el panorama (o el paradigma en jerga kuhniiana). Pero esto es algo trivial por mucho que se quiera enmascarar, por ejemplo, bajo el manto de metafísicas incompatibles que se van sucediendo casi sin ton ni son (como defendería singularmente el infame Michel Foucault radicalizando las ideas de sus maestros Gaston Bachelard y Georges Canguilhem).

Por añadidura, uno de los supuestos relativamente más firmes de la ciencia es que la intencionalidad es una concepción arcaica (nadie controla el mundo). Todos somos objetos más o menos definidos (minerales, plantas, animales, humanos) que interaccionamos entre sí, y las interacciones más estables son las que permanecen más que menos de momento (como ya contendía Empédocles, cuando la ciencia era todavía tan sumamente especulativa que se decantaba como filosofía teñida de mitología). O sea que no es que no exista el libre albedrío, es que éste no tiene sentido en el espíritu del positivismo lógico más tradicional (concepción heredada), y no digamos más allá. Todo ser vivo, como estructura negentrópica que es, actúa para su supervivencia y reproducción sobre la base de los replicadores que se tercién, y ésta es una actuación mecánica/automática, regulada por el instinto y la conciencia (en su caso). Una actuación distinta se considera patológica. De nuevo, se puede alegar que estos asertos no son más que metafísica naturalizada (naturalismo biologicista). Pero, asimismo nuevamente, cualquier alternativa también lo es de otra manera. Porque en realidad todo es natural, hasta lo sobrenatural lo sería ya, dicho sea de paso. Se trataría de variaciones sobre el mismo tema. Y por tanto, se insiste, no hay Norte referencial alguno salvo, eso sí, que la ciencia funciona aunque sea de momento. Y si así se estima -nada que objetar- quizá esa funcionalidad sea para mal y a corto plazo. El pesimismo es libre y, seguramente, dado el curso de la historia, un tanto razonable.

Una vez expuestas estas ideas, digamos que de primera necesidad (a fin de que nadie se llame epistémicamente a engaño) -aunque desde la ciencia sinceramente sean obviedades- vayamos ya directamente al grano. De un tiempo a esta parte -desde principios de los años 70 del siglo pasado para ser exactos- ha emergido con fuerza una actividad disciplinar, dentro de la biología, que no de la filosofía, denominada eufemísticamente filosofía de la biología. Dicha disciplina trata de las cuestiones biológicas más generales, y a menudo cae en esa escolástica peyorativa que se mencionaba hace alguna línea. En este sentido, el libro de Antonio Diéguez, motivo de esta 'monserga', es un excelente texto de biología en sus cuestiones más generales. Texto que afianza la ciencia de referencia dentro de ese naturalismo crítico que aquí se pondera. Por cierto que la actitud anti-filosófica y pro-científica que ilustra estas líneas proviene específicamente de Quine, aquí no se está inventando nada.

Después de ciertas consideraciones preliminares, en donde se delimita la biología como ciencia, en el sentido también antes aludido, el conocido filósofo malacitano entra en la tesitura de ¿qué es la vida? Y claro, desde la ciencia mecanicista puesta al día ¿qué otra cosa puede ser la vida sino algo reducible, o que se sobrevenga, en cualquier aspecto a consideraciones físico-químicas? El relato de Diéguez es preciso y contundente dentro de la ambigüedad metodológica mencionada, lo que por otra parte es algo inevitable. Igualmente, en un capítulo siguiente, y dentro de los límites estipulados, se destaca magistralmente el carácter científico de la teoría de la evolución por selección natural. Aunque quizá se debería de haber insistido en otros procesos evolucionarios también estrictamente naturalistas que debilitarían la idea de selección natural. Pero no porque efectivamente subyazga de tapadillo nada teológico o anti-naturalista al respecto.

La vida bajo escrutinio

Sino que, simplemente, la infradeterminación teórica de los 'hechos' de que se trate siempre está presente en cualquier alegato teórico, y en unos más que en otros. En pocas palabras, no hay teoría que se libre de posibles alternativas. Por lo tanto, más que tratarse de críticas al darwinismo desde la filosofía, son críticas desde la misma plataforma científica. De manera que los argumentos filosóficos esgrimidos, se insiste, son puramente eufemísticos, incluso en el caso de considerar la teoría como una broma tautológica (las grandes temáticas nunca mueren). Por añadidura, las críticas desde la teología son un auténtico despropósito, como bien de nuevo discurre Diéguez. Aunque es cierto que hay una metafísica alternativa que puede potenciar una explicación teológica, como análogamente de un modo más que pertinente indica Diéguez en su narrativa de la mano siempre singularmente inquisitiva de Larry Laudan.

En el capítulo sexto, que trata sobre la posibilidad de la existencia de leyes en biología, entramos ya en otra dimensión. Éste es un capítulo de obligado cumplimiento en un texto sobre filosofía de la biología. Pero la verdad es que la cuestión en realidad es un tanto escolástica, y es muy de agradecer el esfuerzo que hace Diéguez para que parezca una cuestión biológica genuina, pero va a ser que no. Lo mismo se puede decir en lo que respecta al capítulo siguiente sobre teleología y funcionalidad. Nuevamente, ésta es una cuestión obligada en una introducción al respecto, pero de corte escolástico donde lo haya. Por el contrario, el capítulo octavo sobre reduccionismo es un capítulo clave. Porque ésta es precisamente la cuestión que tipifica el espíritu científico por excelencia, y el discurso de Diéguez al respecto, desplegando a la sazón los argumentos más actuales, es inmejorable en su desarrollo. En el capítulo noveno, dedicado al concepto de especie, también entramos en la cuestión crucial de que en la ciencia todo es ambiguo, indeterminado y corregible aunque a la postre funcione. Que haya especies o no es una cuestión crucial y difícil de tratar, porque el peligro de caída, una vez más, en el mero escolasticismo es grande. Pero no, Diéguez capea el temporal que hace al caso espléndidamente.

El capítulo décimo sobre unidades/niveles de selección es sin duda biológicamente el más importante de todos. Porque la selección natural en el caso de que actúe, de un modo principal o subsidiario, lo hace sobre invariantes funcionales que, en efecto, pueden manifestarse en múltiples niveles. De modo que en esta última tesitura entramos de lleno en un posdarwinismo sin paliativos, es decir, el darwinismo de los replicadores (que no replicantes). Diéguez no elude las dificultades empíricas que se presentan, y el capítulo, como no podía ser de otra manera, es un tanto inconcluyente, porque la identificación de replicadores tendría una componente subjetiva insoslayable. Similarmente, el capítulo undécimo trata del concepto de gen (como replicador maestro). El gen es una entidad que se ha ido diluyendo cada vez más en la semántica biológica, aunque su dimensión pragmática siga siendo fundamental como atestigua el proyecto genoma en toda su magnitud.

El último capítulo, sobre la evolución y naturaleza humanas, también es de obligado cumplimiento, aunque de alguna manera quede cojo en el sentido en que sólo se entra de refilón en lo que se puede considerar como una 'biología de la filosofía'. Es decir, ¿de qué le sirve al ser humano tanta especulación, tanto pensamiento trascendente en su pretensión última, y tanta dialéctica? ¿O es esa actividad en el fondo ruido epistémico, o simplemente un efecto colateral de otras adaptaciones más principales como pueda ser por ejemplo la que se engloba como autoconciencia? Porque una cosa es la epistemología evolucionista, magníficamente tratada en el libro de Diéguez en sus diferentes expresiones, y algo muy distinto es un existencialismo evolucionista sobre lo que se comenta muy de pasada.

El libro de Diéguez está en la tradición disciplinar que inauguran oficialmente Michael Ruse y David Hull en 1973 y 1974, respectivamente, sin olvidarnos del escrito sumamente importante aunque metodológicamente más heterodoxo *Detrás del Espejo* de Konrad Lorenz de 1973. Luego, para resumir más que mucho, prosigue la tarea Alex Rosenberg con su *Estructura de la Ciencia Biológica* en 1985 que mejora en el empeño la faena de los pioneros. A su vez Elliott Sober con su *Filosofía de la Biología* (1993, 2000) construye asimismo impecablemente sobre la apuesta de sus tres predecesores. A continuación, en *El Sexo y la Muerte: Una Introducción a la Filosofía de la Biología* (1999, Chicago University Press), los australianos Kim Sterelny y Paul E. Griffiths alcanzan cotas sobre el tema difíciles de superar. Superación que no logran ni F. Ayala y R. Arp con la colección de artículos que compilan, en 2009, en su *Contemporary Debates in Philosophy of Biology* (Wiley-Blackwell, Oxford). Asimismo, una buena compilación, de paso, es la de los maestros fundadores David Hull y Michael Ruse, de 2007, en su *The Cambridge Companion to the Philosophy of Biology* (Cambridge University Press). Y otra buena repesca es la del Rosenberg citado y D. W. McShea en su *Philosophy of Biology: A Contemporary Introduction* de 2008 (Routledge, Nueva York). Pero ninguno de estos trabajos recientes, entre unos cuantos más, está a la altura del libro de Diéguez. Autor que consigue ampliamente recapitular brillantemente lo que es la filosofía de la biología al día de la fecha y, además, escribiendo en un excelente castellano. De modo que el texto de Antonio Diéguez viene a coronar con autoridad, en números redondos, 40 años de 'filosofía de la biología'.

Carlos Castrodeza
Dpto de Lógica y Filosofía de la Ciencia
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense